

**DOMINGO IV DE PASCUA (B)**  
**Homilía del P. Damià Roure, monje de Montserrat**  
**22 de abril de 2018**  
**Hch 4,8-12 / 1Jn 3,1-2 / Jn 10, 11-18**

Tal como acabamos de escuchar, el evangelio de hoy nos habla del buen pastor, aplicando a Jesús esta imagen que la Biblia había aplicado a Dios mismo. Así el salmo 23 nos dice que «El Señor es mi pastor, nada me falta». También el profeta Isaías, hablaba de Dios diciendo que «como un pastor, él guarda a su rebaño: lo reúne con su brazo, lleva en brazos los corderos y guía a las ovejas que crían» (Is 40,11). De manera similar, Jesús acogía a la gente y los guiaba con estimación. Así lo recordamos hoy, domingo del Buen Pastor. Jesús hablaba con cada uno con sencillez y la comunicación fluía. Hoy se acerca a nosotros para decirnos: Os acompaño siempre de forma parecida a como lo hace un pastor que conoce a sus ovejas. Por nuestra parte, como cristianos, contamos con Jesucristo y queremos caminar con Él.

En la mitad del tiempo pascual, seguimos conmemorando la resurrección del Señor, una celebración que nos fortalece porque confiamos en la fuerza que nos comunica el Buen Pastor: nos sentimos acompañados por él en nuestro día a día. Es cierto que nuestra vida pasa por etapas diversas: a veces debemos asumir circunstancias bien duras. Pero el Señor nos conoce y es capaz de fortalecer nuestro espíritu. Nos promete que los que creen en él «nunca se perderán, y nadie me los arrancará de las manos» (Jn 10, 28). En toda circunstancia, Jesús resucitado nos hace sentir que el amor es más fuerte que la muerte. Si celebramos esta buena noticia, tenemos razones para creer que la bondad del Señor nos ayudará siempre y en todo momento. Tal como nos lo decía hoy Jesús: “El Padre me ama porque doy la vida... y la doy libremente”.

Destacamos también de qué manera Jesús nos acompaña: le importa mucho cada persona y quiere que cada uno tenga vida en abundancia. Si él tiene esta actitud con nosotros y trata con respeto a cada persona, también nosotros podemos sentirnos más fuertes para seguir adelante. De hecho, las lecturas de la misa de hoy están llenas de recuerdos de los primeros cristianos. Podríamos preguntarnos: ¿Qué les había nacido por dentro, a los apóstoles, a Pedro, o bien al evangelista Juan? El hecho es que habían recibido y acogido el mensaje de Pascua y hoy nos pasan a nosotros el relevo: tenemos la posibilidad de continuar el camino que ellos iniciaron y que nos transmitieron, tanto individualmente como formando comunidad. Y, pensando en los primeros testigos de Jesús resucitado, podemos preguntarnos si, como Jesús, somos hoy capaces de vivir para los demás y de poner los cinco sentidos en lo que construye y crea espacios de aceptación y de amistad, compartiendo la vida del Espíritu -difícil de caracterizar si no es por sus frutos...-. Todo un itinerario que nos ayuda a atravesar las etapas diversas de nuestra vida.

Preguntémonos, por último, si tenemos un sentido de gratuidad y unas ganas de vivir en sintonía con el Evangelio y busquemos siempre la ocasión de compartir la fe en Dios y en el hombre, que contamos, también, con la fuerza del bien y en la capacidad de mejorar. Si en los momentos de oscuridad eso nos es difícil, ahora, después de Pascua, la figura de Cristo resucitado nos ayudará a vivir con coraje renovado las actividades de cada día. Sea como sea, no nos podemos cansar nunca de buscar los frutos del espíritu: la dulzura, el respeto, la verdad, el diálogo, la solidaridad. Que la Eucaristía que estamos celebrando nos estimule, pues, a acoger y compartir -con gozo y acción de gracias- la fe y la alegría de la resurrección del Señor, que es fuente de vida, de renovación y de esperanza.